

minuciosamente el método que observaban. Encargóse de esta comisión el P. Aníbal Ducoudray, y de aquí resultó lo que con razón podemos llamar el *Ratio studiorum* más antiguo de la Compañía, puesto en práctica por el P. Nadal y descrito por el P. Ducoudray (1).

Como oyeron los de Palermo el feliz principio del colegio de Mesina, no quisieron ser menos, y aprovechando la venida del P. Laínez, á principios de 1549, trataron seriamente de obtener de la Compañía el mismo favor concedido á Mesina. La intervención de la virreina, que se interesó vivamente por esta fundación, facilitó el buen despacho del negocio, y arreglados los pormenores con Doménech y Laínez, se pidió á San Ignacio otra colonia de jesuítas para abrir las aulas de Palermo.

Accedió gustosamente á esta demanda el santo fundador, para lo cual no debieron moverle poco las noticias que le había dado el P. Doménech sobre la gran necesidad que había en Palermo de algún centro de enseñanza. He aquí cómo se explicaba este Padre en la primera carta que escribió desde Sicilia: «Desea la señora virreina de hacernos aquí [en Palermo] un colegio, de lo cual no poco servicio se haría á nuestro Señor, porque sería un grandísimo bien de todo este reino, y particularmente de esta ciudad, porque aquí hay una grandísima ignorancia entre los clérigos, cosa para no poder creer si no lo viese, y buena parte de ello es no tener comodidad de estudiar, que aun en esta ciudad, que es cabeza del reino, no hay una lección pública en gramática; y con este colegio, ultra de las personas que allí estudiarían, que después con sus buenas costumbres y letras podrían mucho aprovechar en todo el reino, podrían otros oír y aprovecharse de las lecciones del colegio, como está instituído en Gandía, y los clérigos tendrían de quién tomar buen ejemplo, y juntamente en letras y costumbres se podrían aprovechar» (2).

8. Fué nombrado rector del futuro colegio el P. Nicolás Lanoy, flamenco, y con él partieron á Sicilia ocho Padres y Hermanos de distintas provincias y naciones, que en medio de gran diversidad de genios, lenguas y caracteres, conservaban entre sí la más afectuosa y

(1) Puede verse este escrito en *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 349. Véase cómo refiere el hecho el P. Polanco: «*Studia vero litterarum tam diligenter Messanae tractabantur, ut in collegii romani usum, hoc anno inchoati, rector ejus, Bernardus Oliverius, per litteras postulaverit, ut de ea ratione, quam in promovendo in litteris suos scholasticos servabant, aliquid scriptum ad se mitterent; quam rationem Magister Annibal de Codretto hac ipsa aestate Romam misit.*» *Historia S. J.*, t. II, p. 221.

(2) *Litterae quadrimestres*, t. I, p. 51.

admirable caridad (1). El 24 de Noviembre de 1549 se abrieron las clases con solemnidad, asistiendo los virreyes á las primeras disertaciones con que el P. Lanoy daba principio á la teología y nuestro Pedro de Ribadeneira á la retórica. Ambos oradores agradaron sobremanera, aunque todos notaron en ellos la gran diversidad de estilo, que se mostró sobrio y modesto en Lanoy, florido y abundante en Ribadeneira (2). Los días siguientes abrieron sus clases los otros maestros, pronunciando cada uno su discursito sobre la materia que debía enseñar. Como en Mesina, aprovechaban los días de fiesta en Palermo para enseñar el catecismo á los pobres, para visitar las cárceles y para otras obras de caridad. El pueblo escuchaba en todas partes la palabra de los Nuestrs, y así empezó felicísimamente á vivir en Sicilia la Compañía, sostenida principalmente por la gloriosa pareja española de los dos Jerónimos, Doménech y Nadal (3). Cuando en 1553 se constituyó en Provincia la Compañía de Sicilia, su primer Provincial fué Doménech (4).

Como ya insinuamos, en el año 1549 empezó á darse á conocer en Sicilia el joven Pedro de Ribadeneira, cuya entrada en la Compañía referimos en el capítulo primero de este libro. Á los dos años de noviciado le había enviado nuestro santo Padre á estudiar en París, pero pocos meses después hubo de salir para Lovaina con Doménech y los otros Hermanos españoles, por haber desterrado de París Francisco I á todos los súbditos de Carlos V. De Lovaina le enviaron á Roma, á petición suya, pues combatido de grave melancolía, deseaba volver al lado de San Ignacio para consolarse con su dulcísimo trato. En Roma padeció una enfermedad peligrosa en el cuerpo, y otra tentación no menos peligrosa contra la vocación en el espíritu; pero remediado en una y otra por la prudencia y solícitud del santo patriar-

(1) Polanco, *Historia S. J.*, t. I, p. 384.

(2) «*Patris Nicolai, qui theologiam erat professurus, oratio, ut gravis et modesta, Magistri Petri autem ut elegans et plena Siciliae laudibus atque ipsius proregis, et eloquentia, quam erat professurus, et valde bona actione pronuntiata, multum commendatae sunt.*» Idem, *ibid.*, p. 387.

(3) Lo que decimos acerca de los trabajos de Domenech y Nadal, en Sicilia, no es sino un brevisimo resumen de lo que escribe Polanco en la *Historia S. J.*, t. I, pp. 236-242, ítem pp. 281-288, y, sobre todo, desde la p. 365 hasta la 388. En cada uno de estos fragmentos pueden verse en las notas las cartas originales que aun conservamos, y que sirvieron, sin duda, al P. Polanco para tejer su narración. Sentimos no poder extendernos más en esta materia, pues la fecundidad de los trabajos apostólicos de Domenech y Nadal, en Sicilia, fué verdaderamente portentosa.

(4) Idem, *Historia S. J.*, t. III, p. 216.

ca, pasó á Padua, donde continuó por algunos años la carrera de sus estudios, con muestras de aventajado ingenio y de mucha virtud religiosa. En 1546 San Ignacio escribía al buen Dr. Ortiz: «Pedro de Ribadeneira está en Padua, dando mucho buen olor de sí, así en costumbres como en el estudio, y persuadiéndome, si vive, será para mucho, y vero siervo del Señor nuestro» (1).

Dos años y medio pasó en Sicilia Ribadeneira ocupado en enseñar retórica, ayudando en lo que podía á los otros ministerios de la Compañía, pues aun no estaba ordenado de sacerdote. Cuando en Roma se trató de abrir el colegio germánico por el otoño de 1552, fué llamado Ribadeneira para enseñar en aquel colegio, y él fué quien pronunció el discurso inaugural con mucho aplauso de los circunstantes (2). En 1553 recibió las sagradas órdenes, y desde entonces sirvió á la Compañía, como adelante veremos, en los cargos más importantes de gobierno durante unos veinte años.

9. Con Ribadeneira estudiaba en Padua el P. Juan de Polanco, el cual acabó su carrera el año 1546, y ordenado de sacerdote, dió fervoroso principio á sus ministerios apostólicos, primero en Pistoia y después en Prato y Florencia. En la primera ciudad aprovechó notablemente al pueblo con sus sermones, pero el principal fruto que recogió fué el enfervorizar con los Ejercicios al señor obispo, el cual, desde entonces, empezó á predicar y desempeñar con suma diligencia todos los oficios pastorales. En Prato y Florencia consiguió también Polanco felices resultados con su fervorosa predicación. No obstante, su mismo fervor y la inexperiencia juvenil le hicieron cometer algunas indiscreciones.

10. La principal fué que, apenas llegó á Florencia, animado, sin duda, del favor que dispensaban á la Compañía los duques, empezó á exhortar á éstos á la virtud, y aun á darles por escrito reglas para bien vivir y gobernar sus estados. Este arrojo de un joven que recién llegado se ponía á darles consejos con tanta autoridad, produjo en los duques un movimiento contrario de desvío é indignación. Noticioso San Ignacio de lo ocurrido, dirigió á Polanco una buena reprensión, encargándole ser más mirado en lo que hacía, sobre todo tratando con gente tan alta. «Á unos semejantes señores, le dice, y de tan buen ejemplo, y con mucha razón estando en continua vigilia [observación] de los que les son favorables ó contrarios, darles pre-

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 236. Cf. Prat. *Histoire du P. Ribadeneira*, l. I.

(2) Vide Steinhuber, *Geschichte des Collegium Germanicum Hungaricum*, t. I, p. 15.

ceptos ó avisos por cédulas para la reformatión de sus conciencias ó estado, sin haber primero alcanzado el debido amor, crédito y autoridad con ellos, es más para todo desbaratar, que para salir con lo que se pretendía» (1). Después de la reprensión le exhorta Ignacio á no desanimarse, y muestra esperanza de que, advertido por la experiencia, podrá en adelante, con las buenas dotes que posee, promover mucho la gloria de Dios. No salió fallido el pronóstico del santo, pues como adelante veremos, Polanco fué un prodigio de actividad y un modelo de prudencia. Pocos días después de dirigirle esta carta, le escogió San Ignacio para secretario suyo, oficio que Polanco desempeñó, no sólo en vida de San Ignacio, sino de sus dos sucesores, hasta la muerte de San Francisco de Borja.

11. Algo pudiéramos añadir acerca de otros Padres españoles que ya en vida de San Ignacio trabajaron fuera de España, pero es necesario limitarse. Sólo añadiremos dos palabras sobre lo que hicieron los Padres españoles en el colegio romano. Según la idea de San Ignacio, debía ser este colegio como un modelo de todos los colegios de la Compañía. Edificado en el centro del orbe católico y ante los ojos del Sumo Pontífice, había de recibir en su seno á los jesuítas de todas las naciones, los cuales aprenderían allí la más pura doctrina católica, se adiestrarían en los métodos pedagógicos de la Compañía, y luego difundirían en sus respectivos países las sabias enseñanzas recibidas en Roma (2).

Si al genio de San Ignacio se debió la idea del colegio romano, la ejecución de esta idea fué obra principalmente de la generosidad de San Francisco de Borja. Cuando en Octubre de 1550 entró, como vimos, con aparato de duque en la Ciudad Eterna, puso en manos de San Ignacio una suma de cinco ó seis mil ducados que había llevado consigo (3). Al recibir este dinero el santo patriarca, juzgó que era llegada la hora de poner en planta la idea del colegio romano. Hizo que la suma se depositase en manos de un procurador seglar, para que ni un céntimo de aquel capital pasase á la casa profesa (4). Tres

(1) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 327.

(2) «*Voluit P. Ignatius delectum haberi auctorum et doctrinae a Nostris audiendae in omnibus facultatibus, et romanum hoc collegium velut formam quamdam aliis, ubicumque disciplinae Nostris traderentur, pro forma et exemplo esse volebat, et hic, in oculis Sedis Apostolicae et orbis christiani, hoc institutum collegiorum sui specimen praebere cupiebat.*» Polanco, *Hist. S. J.*, t. III, p. 9.

(3) Polanco, *Hist. S. J.*, t. II, p. 13.

(4) *Idem, ibid.*, p. 165.

meses después, el 18 de Febrero de 1551, catorce jóvenes religiosos de la Compañía, bajo la dirección del P. Juan Pelletier, francés, se alojaban en una modesta casa de la Vía Capitolina, y daban principio al célebre colegio que tan inmensos bienes había de difundir en la Compañía y en toda la Iglesia. Á los pocos meses sucedió al Padre Pelletier el P. Bernardo Oliverio, y fué necesario cambiar de casa por ser muchos los Nuestros llamados á estudiar en Roma, y por ir creciendo cada día el número de jóvenes seglares que frecuentaban nuestras aulas. Como es de suponer, no se abrieron desde luego todas las clases que después se habían de desempeñar. Contentáronse los Nuestros en 1551 con enseñar las letras humanas (1). Á los dos años y medio, en Octubre de 1553, habiendo recibido en su seno la Compañía algunos maestros insignes, determinó San Ignacio acometer la enseñanza de las facultades mayores. Para dar principio á esta obra se dieron al público tres actos solemnes, uno de teología, otro de filosofía y el tercero de retórica, según la forma acostumbrada en las antiguas universidades.

Tres españoles hicieron el gasto principal en esta solemnidad literaria. El P. Martín de Olave defendió sin presidente el acto de teología. Él disertó y él satisfizo á todos los argumentos, dando gallarda muestra, no menos de ciencia sólida que de fácil y elocuente expresión. El acto de filosofía lo defendió como alumno el P. Teodorico Gerardi, y lo presidió como maestro el Dr. Baltasar de Torres, médico español recién admitido en la Compañía (2). Por fin, el acto de retórica lo desempeñó el joven valenciano Benito Pereira, bajo la presidencia del P. Fulvio Cárdulo. De este modo empezó el colegio más célebre de la Compañía, ideado por un español, fundado con el dinero de otro español, y alentado con la ciencia de maestros españoles.

(1) Polanco, *Hist. S. J.*, t. II, p. 166.

(2) Véase su vocación en Polanco, *Hist. S. J.*, t. III, p. 204, y lo relativo á estos actos, en el mismo tomo, p. 8.

CAPITULO XIX

JESUÍTAS ESPAÑOLES EN PORTUGAL.—VISITA DEL P. MIGUEL DE TORRES

1552

SUMARIO: 1. Estado de la provincia de Portugal en 1552.—2. Tentativas para sacar de ella al P. Simón Rodríguez.—3. Va éste á Roma en 1551, y vuelve luego á Portugal.—4. El P. Mirón es enviado á Coimbra en 1551.—5. Á principios de 1552 nombra San Ignacio Provincial de Portugal al P. Mirón, y visitador al P. Miguel de Torres, mandando que acompañe á éste en la visita San Francisco de Borja.—6. No entran en Portugal Torres y Borja.—7. Mudanza de Provinciales ejecutada el 3 de Mayo de 1552.—8. Graves turbaciones ocasionadas por la presencia del P. Simón Rodríguez.—9. El P. Mirón emprende la reforma de la provincia con poco tino y mucha precipitación.—10. Los Padres portugueses llaman al P. Torres.—11. Éste envía al P. Simón Rodríguez á la provincia de Aragón, y arreglando á medias la provincia de Portugal, vuélvese á Salamanca por Setiembre de 1552.—12. Siguen las turbaciones y defecciones.—13. Calumnias horribles contra San Ignacio.—14. Refútanlas los PP. Francisco Enríquez y Luis González de Cámara.—15. Lllaman de nuevo al P. Torres, el cual llega por Noviembre de 1552.—16. Hace la visita en toda regla y el expurgo general de la provincia.—17. Número de los salidos de la Compañía.—18. Carta de San Ignacio, en la que se aprueba lo hecho por el P. Torres.

FUENTES CONTEMPORÁNEAS: 1. *Cartas de San Ignacio de Loyola*.—2. *Constitutiones S. J. latinae et hispanicae*.—3. *Causa P. Simonis Rodriguez*.—4. *Cartas y otros escritos del B. Pedro Fabro*.—5. *Epistolae P. Lainez*.—6. *Epistolae P. Nadal*.—7. *Epistolae mixtae*.—8. *Litterae quadrimestres*.—9. Polanco, *Historia S. J.*—10. Ribadeneira, *Persecuciones de la Compañía*.—

11. Biblioteca de Évora, $\frac{C VIII}{2-1}$.

1. En ningún país prestaron los Padres españoles á la Compañía un servicio tan singular y al mismo tiempo tan importante, como en el reino de Portugal (1). En otras regiones vemos á nuestros

(1) Al leer este capítulo y el siguiente se sorprenderán quizá algunos de nuestros lectores, viendo cuánto difiere nuestra narración de la que escribieron sobre los mismos sucesos otros autores, principalmente el P. Baltasar Téllez (*Chronica da Companhia de Jesus na Provincia de Portugal*, t. I, p. 572), y el P. Bartolomé Al-